

XLIV.

Doroteo, en la fé menos ardiente
Que el santo de Belen, y los arcanos
Ignorando de Dios, juzga imprudente
Ir á Roma á entregarse á los tiranos.
Mas acertado piensa y conveniente,
Dirigiéndose á la Atica, en las manos
De su padre dejar la hija querida,
E ir en busca de Eudoro él en seguida.

XLV.

Pronto á levar el ancla en Jope habia
Solo un griego bajel; nombres mudando
Se ebarca en él la vírgen con su guia,
Cimódoce infeliz! tú vas buscando
Tu padre á Grecia, y él te requeria
En la márgen del Tiber, confiando
En Eudoro que puesto en las cadenas
Ni oír ni consolar puede sus penas.

XLVI.

Al pié del Capitolio se elevaba
Una antigua prision, cárcel de Estado,
Que al origen de Roma remontaba.
Secuaz de Catilina aquí ha escuchado
La voz de Ciceron cuando tronaba
En la augusta asamblea del senado,
Pedro y Pablo pisáran en seguida
La mansión del infame y homicida,

XLVII.

Eudoro, preso aquí, su juicio espera.
Cartas de amor y fé á su esposa escribe,
De que el falso Hierócles se apodera.
La muerte de su madre allí recibe;
;Penosa libacion! Mas nada altera
Su constancia, y el gozo que percibe
Padeciendo por Cristo: cada dia
Compañeros de gloria entrar veia

XLVIII.

Cuando un rico colono hace la siega,
Amontona en su granja la semilla
Que sembró en el collado y en la vega:
La abena y la cebada aquí se trilla;
Allí se aventa el trigo; allá se hanega
Y se conduce en carros á la villa,
En tanto que otros van acarreado
Nuevas mieses y en garbas colocando.

XLIX.

Galerio así en la cárcel reunia
Fieles de todo el mundo, trigo electo
Que el hórreo celestial llenar debia.
Eudoro abraza allí con tierno afecto
Amigos que otra vez tratado habia,
Y un amor los reúne mas perfecto:
Lactancio, Arnobio, Victor, Rogaciano,
Sebastian con Gervasio é ilustre hermano.

L.

De allí á poco el prelado esclarecido
De Esparta viene á dar'es nuevo gozo.
Cada Mártir que llega, es recibido
Con ósculo de paz, santo alborozo,
Y alabanzas al cielo. Convertido
En iglesia parece el calabozo,
En donde resonaba noche y día
De cánticos y salmos la armonía.

LI.

Sus cadenas el fiel les envidiaba
Que aun goza libertad: el carcelero,
Movido de sus pláticas, dejaba
Las llaves y se hacia prisionero.
El órden mas perfecto allí reinaba;
Y al ver la paz y genio placentero,
Creyeras ver un pueblo afortunado,
Y no un pueblo á la muerte condenado.

LII.

Piadosa fraude al Confesor procura
En la prision remedio consolante.
El ministro, el levita se figura
Ya soldado, ya esclavo ó comerciante.
Con santa astucia y cándida impostura
La matrona, doncella, el mismo infante
En las minas y cárceles entraban,
Y hasta el pié de la hoguera se llegaban,

LIII.

El Antiste Romano dirigia
De su albergue el impulso de su celo.
Mas no solo al cristiano se estendia
Su caridad ardiente; su desvelo
Alcanza hasta el gentil, y cada dia
De nueva conversion goza el consuelo
Mirando acrecentarse la grey santa
Cuanto mas la tormenta se levanta.

LIV.

Escenas singulares presenciaba
El fiel en la prision. ¡Con qué sorpresa
Ve Eudoro entrar en hábito de esclava
La cortesana Aglaé que embelesa!
“Eudoro, dice, Sebastian acaba
“De ser asaeteado; su promesa
“Bonifacio cumplió, por la fé ha muerto;
“Pacomio habita un hórrido desierto.”

LV.

Otra vez escuchando gran tumulto,
Ven entrar á Ginés que en voz decia:
“No temais, soy cristiano, vuestro culto
“Es el mio. Poco hace entretenia
“Al pueblo prodigándoos el insulto;
“Mas allí es donde el cielo me atendia,
“Pues queriendo burlarme del bautismo,
“La gracia me ganó al instante mismo.” (4)

LVI.

Dice, y abraza á Eudoro entusiasmado
Que en Bayes otro tiempo conociera.
El hijo de Lastenes, rodeado
De Santos, sus miradas, atrajera,
“¿Te acuerdas cuanto habemos deseado,
Un Mártir de las Gaulas le dijera,
“Reunirnos en Roma? ¡Qué distante
“Os hallábais de gloria tan brillante!”

LVII.

Siguiendo estos coloquios un anciano,
Nunca hasta allí en la cárcel conocido,
Ven entrar con disfraz de veterano.
El traía el viático escondido,
Que á Cirilo enviaba el soberano
Antiste para ser distribuido.
La luz de la prision tenue y sombría
Sus facciones notar no permitia,

LVIII.

Pregunta por Eudoro, éisle mostrado
En oracion; se acerca, toca su hombro,
Y abrazándole luego alborozado:
“Soy Zacarías” exclamó. ¡Qué asombro!
“Zacarías”! Eudoro enagenado
“¡Vos mi padre, mi caro padre nombro!”
Dice, y llenas de llanto sus mejillas,
Ante el viejo se pone de rodillas.

LIX.

Zacarías: “Postrarme á mí conviene
“A tus plantas: ¿qué soy en tu presencia
“Mas que un anciano inútil?” Luego viene
De Mártires la angusta concurrencia
Para saber suceso tan solemne.
Eudoro satisface su impaciencia
Con breve relacion que á todo Santo
Arranca de ternura dulce llanto.

LX.

Zacarías despues ha referido
Cómo dejó del Albis la ribera.
“El Franco por Constancio fué vencido,
“Y una pequeña tribu á quien me diera
“El viejo Faramundo, habiendo sido
“Transportada Agripina, yo viniera
“A las Gaulas: allí supe el conflicto
“Que causára en la Iglesia el cruel edicto”

LXI.

“Al abrigo del César el cristiano
Disfruta de la paz en aquel suelo.
“El Dugdunense Obispo, y Luteciano
“Escogieran ministros, cuyo zelo
“Arrostrando peligros, al hermano
“De las otras Iglesias dé el consuelo.
“Accediendo á mis ruegos, fuí incluido
“En la lista, y á Roma dirigido.”

LXII.

Tambien contó despues como llegara
Constantino á las Gaulas; la dolencia
Del padre, y que el ejército prepara
A su hijo la purpura en herencia.
Esta nueva á los fieles animara,
Aun habiendo perdido con la ausencia
De Prisca y de Valerio su privanza,
Nunca le faltó á Eudoro la esperanza.

LXIII.

De la misma prision en que yacia,
Sigue un plan que la Iglesia en salvo ponga:
A Diocles á Salona un propio envía
Que el voto de los fieles le proponga,
Dispuestos á atacar la tiranía,
Y el camino allanar que le reponga
En el trono usurpado por Galerio,
Dando paz á la Iglesia y al imperio.

LXIV.

Así la iglesia entera se apoyaba
En Eudoro, y su esposa solamente
Su proteccion en vano reclamaba
Navegando en los mares del Oriente.
De soldados y nautas la cercaba
Una chusma grosera que insolente,
Del par fiel conociendo el saero culto,
Los llenaba de injurias y de insulto.

LXV.

En vano la virtud que en el fiel brilla
Se oculta á los impíos. Ya entregarlos
Al verdugo amenazan en la orilla;
Ya quieren á las ondas arrojarlos
En ofrenda á Neptuno: esta cuadrilla
De malvados no cesa de insultarlós,
Ofendiendo el pudor de los oídos
De la jóven con cantos corrompidos.

LXVI.

Su belleza inflamando su deseo,
Al ultraje postrero se temia
Llegase su insolencia. Doroteo
La esposa de su amigo defendia
De prudencia y valor haciendo empleo.
Combate desigual! ¿de qué servia
Contra un tropel de tigres sanguinario
El esfuerzo de un hombre solitario?

LXVII.

El hijo del Eterno en este instante
Con los coros angélicos venia
Del límite del orbè mas distante.
Su marcha majestuosa dirigia
De globo en globo, sol en sol, brillante,
Dando nuevo vigor y lozanía
Al mundo envejecido que á grad paso
Al término marchaba de su ocaso.

LXVIII.

De vuelta al santuario impenetrable,
A la diestra de Dios, una mirada
Deja caer á la tierra favorable.
Entre todas sus obras, la morada
De los hombres le fué siempre agradable.
El percibe la víctima sagrada,
Que á la nacion gentil bendecir cabe,
Cercada de peligros en la nave.

LXIX.

Si el cielo ha abandonado esta fiel nueva
A una chusma de nautas inhumanos,
Es para preparar su alma á la prueba
Que ponga la inmortal palma en sus manos.
Este dia es llegado, y él la lleva
Por camino escondido á los humanos
Al sitio que escogió para la gloria
Que corone su triunfo y su victoria.

LXX.

Por un signo en la nube fulgurante
Al ángel de los mares ha mostrado
Sus planes el Altísimo: al instante
El viento espira que hasta allí ha soplado.
La calma sucedió: brisa inconstante
Se levanta á la vez de todo lado,
Que, rizando las olas, puede apenas
Las velas desplegar de las antenas.

LXXI.

El sol en su carrera se oscurece;
La bóveda celeste, atravesada
De fajas de un color verde, parece
Descomponerse en luz turbia é inflamada.
El piloto del buque se estremece:
“O Neptuno! exclamó con voz turbada;
“Si mi ciencia es veraz, nunca tormenta
“Las olas agitó mas violenta.”

LXXII.

Las velas abatir manda al instante,
Y todos al peligro se preparan.
Las nubes se amontonan al levante;
Sus batallones lúgubres formáran
La vista de un ejército distante;
Mas luego hácia el poniente se avanzáran,
Y el sol que se ponía al tiempo mismo,
Colora de sus senos el abismo.

LXXIII.

De la region del alba un repentino
Movimiento anunció que Dios abriera
El tesoro que encierra el torbellino.
Rompiende al mismo tiempo la barrera
Los cuatro vientos, dan en remolino
Sobre el débil bajel que raudo huyera,
Presentando su popa espumeante
Al soplo impetuoso del levante.

LXXIV.

La noche cierra oscura: el marinero,
De tinieblas espesas rodeado,
No puede distinguir su compañero
Que tiembla junto á él. Solo inflamado
Relámpago le hiere pasajero,
Dejándole despues mas deslumbrado.
El dia vuelve; mas su luz sombría
Solo ver la tormenta permitia.

LXXV.

Las olas se desrollan uniformes,
Arrastrando el bajel que ya descende
Al fondo del abismo, ya de enormes
Masas de agua hasta el cielo se suspende,
Impelidas por otras mas enormes.
Ocho dias las olas asi hiende,
Siguiendo de occidente la derrota
Al impulso del Euro y fuerza ignota.

LXXVI.

La noche nona el giro concluía:
Al brillo del relámpago se advierte,
Sin poderla evitar, costa sombría.
El naufragio es seguro. Con voz fuerte
Manda entrar el patron bajo crujía
Todos los pasajeros: á la muerte
Se preparan, y el ruido los aterra
Con el que la fatal plancha se cierra.

LXXVII.

Al hombre se conoce en tal estrecho:
El esclavo con voz llena cantaba;
Plañia la matrona, de su pecho
Colgado el tierno infante; lamentaba
Su suerte el Epicúreo con despecho;
Con su guia Cimódoce invocaba
Al Dios que en el abismo sabe hallarnos,
Y en el vientre de un monstruo albergue darnos.

LXXVIII.

Un golpe violento abre el costado
Del bajel, dando entrada al mar undoso
Donde está el pasajero infortunado
Que rueda en confusion. De este horroroso
Cáoos sale un lamento sufocado.
Los dos fieles, por caso venturoso
Al pié de la escalera conducidos,
Pueden subir al puente aunque aturdidos.

LXXIX.

El navio encallára entre la arena
Dando frente á un escollo que se alzára
Por cima de las olas. En mar plena
Se ven nautas nadar que arrebatára
El turbion; otros tiénense con pena
De las jarcias; con rauco son tornára
El timon que la mar libre debate
Mientras el mástil el piloto abate.

LXXX.

Una esperanza habia, aunque lijera:
Engolfándose el mar en el bajío
Puede, alzando el bajel, botarlo afuera.
¿Mas en este momento del navío
Quién á tomar en mano se atreviera
El timon, cuando el mas leve desvío
Doseientas almas al profundo arroja?
Esto aumenta el peligro y la congoja.

LXXXI.

Cesa entonces el nauta en su lenguaje
Contra el cristiano par, y les suplica
Invoquen á su Dios. Riesgo y ultraje
Olvidando Cimódoce, dedica
Una ofrenda á la Virgen. Con coraje
Doroteo al timon la mano aplica,
Aguardando la oleada de esta suerte
Que el buque va á lanzar á vida ó muerte.

LXXXII.

La ola viene, se acerca, se espedaza;
Cruge el timon sobre su gozne herrado,
El próximo peñon muda de plaza,
Y el navío se siente alijerado.
Gozo súbito al miedo reemplaza:
“La sonda!” pide un nauta apresurado,
Y la sonda bajó sin tocar suelo;
Un grito de alegría sube al cielo.

LXXXIII.

¡Estrella de la mar, á vos la vida
Esta gente debió! No se mirára
De las ondas salir deidad mentida
Mandándolas silencio: una luz clara
Rasgó la nube, y de esplendor vestida
Una bella matrona se mostrára,
Su divinal infante en el rezago,
Poniendo el mar en calma con su brazo.

LXXXIV.

El nauta ante la jóven se arrodilla
Confesando el poder omnipotente
Del Dios que los salvára. Hacia la orilla
Va acercándose el buque mansamente
Donde en ruinas se observa una capilla
Del áncora sagrada el ferro ingente
Sujeta con su peso la galera,
Y todos saltan luego á la ribera.

LXXXV.

Como reina de esclavos rodeada
Cuyos grillos rompió, la casta esposa
De Eudoro salta en tierra á hombros llevada
De los nautas. Su voto presurosa
Va á cumplir á la ermita abandonada;
De María una imágen milagrosa
Halla en ella, y en don cuelga su velo:
Asi en triunfo pisó de Italia el suelo.